

José Sala Picó

* Pons (Lérida) - 24 junio 1888
† Toledo - 23 julio 1936

José Sala Picó nació en Pons, provincia de Lérida, el 24 de junio de 1888. A diferencia de otros, que vienen al mundo con un gusto y predisposición especial para la economía, en su caso era todo lo contrario; llegó a decir que «la vista del dinero me da asco y me molesta». Siendo sacerdote pidió a su obispo el relevo como vicario de la granja de Viñola porque debía atender a la administración de la finca. Y ya como Operario, sufrió lo indecible cuando lo nombraron administrador del Seminario de Segovia. Expresaba su repugnancia de este modo: «El tener que tratar con la gente de fuera para las compras es cosa que no la puedo resistir… me engañarán miserablemente… no sirvo para mayordomo… me falta carácter y picardía». Sí, a José le falta «picardía». Desde pequeño se le ve siempre muy formal, casi serio, no tiene doblez. A una apariencia fría corresponde un corazón muy sensible y cercano. Con los chiquillos del Seminario menor lograba maravillas. Hasta los zapatos rotos les cosía. Y lo querían, ¡vaya si lo querían!

Los padres de José se llamaban Jacinto y Josefa. Un matrimonio muy cristiano. Baste decir que cuatro de sus hijos se consagraron a Dios: José como sacerdote y tres hermanas como religiosas. A los nueve años de edad se fue a vivir con un tío sacerdote. Con él estudió los años de Latín y Humanidades en Andorra. En este ambiente era fácil que naciera la vocación al sacerdocio. En el Seminario de la Seo de Urgel estudió, como interno, la Filosofía y la Teología. Y el 15 de abril de 1911 fue ordenado sacerdote.

En aquella diócesis ejerció su ministerio pastoral en diversas poblaciones: Guissona, Liñola, Pallás, Balaguer y Bergamuy. El juicio de estos tres años de sacerdocio nos lo da su mismo obispo en la carta que escribe al director general de la Hermandad cuando José pide ingresar en ella: «Es un santito, y no me desprendería de él fácilmente; pero, para dárselo a Vd., hago gustoso el sacrificio».

Segovia es su primer destino como Operario. Llevaba dos años muy feliz como prefecto de disciplina cuando le pidieron que se hiciera cargo de la administración. Precisamente lo que le causaba tanta repugnancia y le quitaba la calma, aquello por lo que había renunciado a la capellanía de Liñola… ¡Qué prueba más dura! Expuso todas sus razones. Al final hubo de aceptar. Dos años de mayordomo. ¿De mala gana? Una vez aceptado, puso en ello todo su corazón. Un compañero escribe: «Sala está metido con sus cinco sentidos en mayordomía y la desempeña muy bien». Una actitud así no necesita muchos comentarios, simplemente hay que admirarla. Revela muchos rasgos de su personalidad.

El Colegio de San José de Toledo será su nuevo destino. Estará como prefecto de disciplina hasta el año 1924, fecha en la que el Colegio se convierte en Seminario menor. Desde ese año pasará a ocupar el cargo de rector.

Uno de sus alumnos dirá años más tarde que en su «recuerdo aparece como el rector ideal para los niños por su abnegación y dedicación a ellos». Un Operario declara: «Cada día me gusta más el sistema de D. José… para mí era el modelo de rector del Seminario menor en aquellos tiempos».

Un traje nuevo para morir

Así, feliz entre sus pequeños, llegó al año 1936. El desasosiego en Toledo es entonces manifiesto. Algunos padres han querido llevarse a sus hijos. D. José escribe: «Por hoy todavía vivimos. Mañana, Dios dirá. Mucho se habla de próximos y graves acontecimientos». Tenía dos hermanas religiosas jerónimas en el convento de San

Pablo de Toledo. En la visita de los últimos días les hablaba del martirio: «Que el Señor exigiría que hubiera mártires para reinar en el mundo, y que debíamos ofrecernos para que nos eligiera a nosotras, porque era una gloria muy grande ser mártires». Se le notaba que él estaba viviendo profundamente esa preparación. En algún momento comentó que estaba próximo el deseo de su padre de tener un hijo mártir, y se le veía contento.

En las vacaciones de 1935 su hermano Ramón le habló sobre la conveniencia de proveerse de un traje de paisano en caso de peligro. «No te preocupes –le contestó–, ¡angelitos al cielo! Lo mejor que podemos dar es la vida por Cristo». D. Pedro, director general de la Hermandad, que estaba esos días en Toledo, creyó oportuno que les hiciesen un traje de paisano. D. José y él lo estrenaron para ir al martirio. Se les manchó muy pronto de sangre. Eran dos trajes iguales, elegidos con poca imaginación: un blusón de dril. Lo más parecido a una sotana. No estaban acostumbrados al fingimiento. Por este blusón de dril serían descritos por algunos amigos cuando iban camino del martirio, y por él serían identificados sus cuerpos en la fosa.

Todo lo dicho de D. Pedro es común para D. José, puesto que juntos pasaron los últimos días y juntos sufrieron el martirio y fueron enterrados.

El 22 de julio, unas empleadas de Teléfonos les comunicaron que «acababan de entrar los milicianos rojos en la ciudad y que habían matado ya a algunos sacerdotes. Bajamos a la planta baja del Seminario para estar más protegidos, percatándonos del peligro que corríamos, y en aquellos momentos recuerdo haber oído a D. José Sala estas palabras: '¿Qué puede ocurrir? ¿Que nos maten? Pues bien'».

Dejaron el seminario en grupos de dos en dos. D. Pedro y él pidieron alojamiento en la casa del sacerdote D. Álvaro Cepeda. Pasaron la noche en oración. A las siete y media de la mañana del día 23 fueron detenidos. Por la calle los vieron con los brazos en alto. Al percatarse sus captores que llevaban las manos abiertas y los dedos extendidos, les mandaron que las cerraran, pues lo otro era fascio. Obedecieron. Iban serenos, como el que ha ensayado una acción y

se la sabe de memoria. Desde la calle y desde las ventanas la gente los observaba caminar hacia el Paseo del Tránsito. Un médico y un practicante que iban con frecuencia al Seminario reconocieron inmediatamente a D. José. Cuenta uno de ellos que «D. José levantó dos veces la vista para mirarme, que indudablemente me reconoció… Estaba entregado interiormente a Dios». Ambos los vieron caer acribillados por las balas.

Había muerto un hombre bueno, un hombre serio de apariencia, pero con corazón de madre, como le recordaban sus pequeños colegiales del Seminario. Aquel que les guardaba sus dinerillos, les daba las medicinas cuando se sentían enfermos o les cosía los zapatos, rotos de jugar al fútbol. Otro testigo afirma: «Sabía hacerse niño con los niños». Y ya sabemos: «de los que se hacen como niños es el reino de los cielos». El 23 de julio de 1936 D. José fue a tomar posesión de él.

«Como a un acto más, pero con un gozo que no cabe dentro de mí, me voy al martirio. Es la dicha mayor que Dios me puede conceder».

ORACIÓN PARA OBTENER GRACIAS

Oh Dios, que con la sangre de tus sacerdotes
José y compañeros
fecundaste su labor apostólica,
orientada especialmente a la formación sacerdotal,
concede, por su intercesión,
que surjan en tu Iglesia dignos ministros del altar,
que nosotros seamos fieles en el servicio de tu Reino.
y la gracia que te pedimos.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Para comunicar gracias recibidas o enviar limosnas:

Sacerdoti Operai Diocesani
Via della Cava Aurelia, 145
I-00165 ROMA

Sacerdotes Operarios Diocesanos
Vallehermoso, 38, 1.º
E-28015 MADRID

postulacion@sacerdotesoperarios.org - www.sacerdotesoperarios.org